
Alexandriæ
.org

EL SISTEMA PREVENTIVO

Nociones y observaciones preliminares

1. Dos sistemas. Dos son los sistemas usados en todo tiempo en la educación de la juventud: preventivo y represivo.

1. a. Represivo. El sistema represivo consiste en hacer conocer las leyes a los súbditos, vigilar después para conocer los transgresores y aplicar donde sea necesario el merecido castigo. En este sistema, la palabra y el aspecto del superior deben ser severos y, mejor, amenazadores, y debe evitar toda familiaridad con sus dependientes. El director, para dar más valor a su autoridad, deberá hallarse rara vez entre sus súbditos, y a lo más cuando se trate de castigar o amenazar. Este sistema es fácil, menos fatigoso, y puede servir especialmente en la milicia y, en general, entre las personas adultas y juiciosas, que están en grado de saber y recordar por sí mismas lo que es conforme con las leyes y demás prescripciones.

1. b. Preventivo. Diverso, y diría opuesto, es el sistema preventivo. Este consiste en hacer conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto, y después vigilar de modo que el alumno tenga siempre sobre sí el ojo paternal del director o de los subalternos, que como padres amorosos hablen, sirvan de guía en todo, aconsejen y con cariño corrijan; que es como decir poner a los alumnos en la imposibilidad moral de faltar[1]. **Este sistema se apoya todo sobre la razón, la religión y el amor**: por eso excluye todo castigo violento y procura alejar aun los más ligeros.

1. b. 1. Base. La práctica de este sistema está apoyada en las palabras de San Pablo que dicen: La caridad es benigna y paciente, todo lo sufre, todo lo espera, lo soporta todo. Por esto, solamente el cristiano puede aplicar con éxito el sistema preventivo.

Instrumentos. Razón y religión son los instrumentos de que debe hacer uso constante el educador, enseñarlos y practicarlos él mismo si quiere ser obedecido y obtener su fin[2].

Finalidad. Este fin supremo consiste en tornar buenos a los jóvenes y salvarlos eternamente; todo lo demás: letras, ciencias, artes, oficios, se ha de considerar como medios[3].

Así es que el sistema preventivo tiende a disponer el ánimo de los alumnos de tal modo que, sin ninguna violencia externa, se doblegüen a nuestro querer[4]; es prudente y sabio prever y proveer[5]. Además, la práctica de este sistema resulta casi imposible si los alumnos no dependen plenamente de los educadores, es decir, si dependen también de otras personas[6].

Educadores

Consejos para el director. El director, por lo tanto, conságrese enteramente a sus educandos y no tome ningún cargo que lo aleje de su oficio; al contrario, hállese *siempre en medio de sus alumnos*, a no ser que estén debidamente ocupados y asistidos[7]. Dése a conocer a los educandos y trabaje él mismo por conocerlos a ellos[8]. Debe hacer de padre, de médico, de juez, pero esté pronto a soportar y a

[1] Como es sabido, Don Bosco no escribió un tratado sistemático de su pedagogía, aunque lo deseó y lo prometió. Ceria ha ordenado sistemáticamente en unas pocas páginas los pensamientos directivos del Santo, conservando escrupulosamente sus mismas palabras. Son las que aquí presentamos.

[2] Esto se basa en una ley pedagógica: la inhibición hace olvidar, y, por tanto, debilita o destruye (aquí los hábitos viciosos que por acaso hubiese), y el ejercicio activo crea los hábitos (aquí buenos). Al mismo tiempo, la instrucción habla a la razón y a la voluntad.

[3] Sist. prev. a.1 y 2.

[4] MB XVI 439.

[5] MB XII 53.

[6] MB XIV 22.

[7] Sist. prev. a. 2.

[8] Recuerdos confidenciales a los directores.

olvidar[9]. Procure paternalmente enterarse de todo lo que acaece en casa, con el fin de hacer el bien a todos, sin excluir a ninguno[10]. La caridad y la cortesía sean sus notas características[11].

Influencia. Para gobernar bien es menester tenga plena influencia sobre los educandos. Para ello necesita: 1º. Que sea estimado por su bondad y hasta por su santidad. 2º. Que sea reputado como hombre docto especialmente en aquellas cosas que interesan a los alumnos. Si fuere preguntado y no supiera responder, conteste: "Mira, ahora no tengo tiempo; mañana te daré la respuesta". Y luego tenga paciencia e instrúyase sobre aquel punto para poder responder con precisión. 3º. Que los educandos se den cuenta de que son amados[12].

Visitar la casa. El director haga de director, esto es, sepa hacer trabajar a los demás: prevea y disponga las cosas de tal modo que no tenga él que ocuparse en obras ajenas a su misión. Si no hallare elementos habilidosos, confórmese con los de mediocre habilidad; pero por afán de lo mejor no pretenda hacer todo él. Sólo así tendrá tiempo para llevar a cabo lo que juzgo principal oficio del director: visitar casi diariamente toda la casa (clases, estancias, cocina, refectorio, bodega). Entérese de todo lo que se realiza en casa. Es éste el gran medio de impedir que arraiguen desórdenes. Procuren todos observar bien la parte que les corresponde y estúdiese la manera de hacer cumplir a los demás sus deberes, y las cosas procederán sin inconvenientes[13].

Afrontar todo sacrificio. El educador es un individuo consagrado al bien de sus alumnos; por lo que debe estar pronto a afrontar todo sacrificio y toda fatiga, con tal de conseguir su fin, que es la educación moral, social y científica de sus alumnos[14].

Hacerse amar. Procure cada cual hacerse amar si quiere hacerse respetar. Logrará este gran fin si con las palabras - y mucho más con los hechos - muestra que todos sus afanes van exclusivamente encaminados al bien espiritual y temporal de sus alumnos[15].

Luchar contra el egoísmo. Para que su palabra goce de prestigio, destruya todo egoísmo personal. Los chicos son finos observadores, y si se apercibieran que en tal o cual superior anidan los celos, la envidia, la soberbia, la manía de gallear o de sobresalir él solo, caerá por tierra toda su influencia. La falta de humildad redunda siempre en detrimento de la unidad; y cualquier colegio donde se advirtiere el desbordado amor propio de un superior está abocado a la ruina. Los centros educativos florecerán en todo tiempo si únicamente se busca la gloria de Dios. Mas si alguien quisiera granjearse gloria propia, presto nacerían el descontento, la división, el desorden. El personal forme un solo cuerpo con el director, y éste un solo corazón con todos sus subalternos, sin segundas miras, que no sirven para su excelsa misión[16].

¡Qué inmenso mal infieren al buen orden general aquellos que tratan de constituirse en centro aparte entre los alumnos! Todos hagan centro al director. ¡Ay de aquella casa en las que surjan dos núcleos! Serían como dos campos, dos bandos, si no contrarios, al menos divididos. El afecto que se le tributa al uno réstasele al otro. La frialdad se trueca, poco a poco, en indiferencia, en desestima, y puede llegar a ser principio de discordia; *y el reino dividido será desolado*[17].

Paciencia. Se ha menester, además, de mucha paciencia. Cualquier maestro o asistente podría zanjar toda cuestión con procedimientos radicales o violentos; pero tal proceder, recordémoslo bien, si en ocasiones puede impedir algún desorden, jamás mejorará a nadie ni servirá para aumentar el afecto ni inyectarlo en corazón alguno. Trabájese con celo, sí: utilícese cualquier ocasión para hacer el bien; pero siempre apacible, suave, pacientemente. ¿Qué cuesta? De sobra lo sabemos; pero el vocablo "paciencia" se deriva de *pati*, que significa padecer, tolerar, sufrir. Si no supusiera esfuerzo, no sería paciencia; y precisamente por esto, porque supone un gran esfuerzo, el Señor la inculca tan

[9] MB VII 509.
[10] MB X 1102.
[11] MB VII 526.
[12] MB VI 302.
[13] MB XII 258.
[14] Sist. prev. a. 3.
[15] Sist. prev. a. 5.
[16] MB VI 389.
[17] MB XII 45.

insistentemente en la Sagrada Escritura. ¿Por qué impacientarnos? Con ello no lograremos que se cumpla lo no realizado, como tampoco se corrige nadie con la violencia.

Ej. Se necesita, pues, esa paciencia que es constancia, que es perseverancia. Los educadores nos asemejamos a los agricultores y jardineros. Miradlos: ¡cuán constantes, cuán perseverantes! ¡Cuántos cuidados prodigan a cada plantecilla para sacarla adelante!

Quien desee ser obedecido y respetado, procure hacerse querer, pero varonilmente, sin melindres[18].

Tratemos a los jóvenes como trataríamos al Niño Jesús si habitara en nuestro colegio. Tratémosles como amor, y nos amarán, con respeto, y nos respetarán. Es necesario que ellos mismos nos crean superiores. Si quisiéramos humillarlos por el mero hecho de que somos superiores nos tornaríamos ridículos[19].

Educandos

Caracteres. Los chicos suelen manifestar uno de estos caracteres: bueno, ordinario, difícil y malo. Es nuestro estricto deber estudiar los medios conducentes para conciliarlos, a fin de hacerles bien a todos, sin que ellos perjudiquen a otros.

Bueno. Para los dotados por naturaleza de buen carácter basta la vigilancia general, explicándoles las reglas disciplinares y recomendándoles su observancia.

Ordinario. La categoría mayor es la de los que tienen un carácter ordinario, algo voluble e inclinable a la indiferencia. Es necesario estimularlos al trabajo aun con pequeños premios y demostrarles grande confianza, sin dejar por eso de vigilarlos.

Difícil. Mas los esfuerzos y solicitudes han de dirigirse de modo particular a los difíciles y a los díscolos.

Número. Su número puede calcularse en uno sobre quince.

Conocerlos. Todo superior procure conocerlos; y para ello infórmese sobre su vida pasada, muéstreseles amigo, déjeles hablar mucho y hable poco él, siendo sus intervenciones ejemplos breves, máximas, episodios y cosas semejantes.

No perderlos de vista. No los pierda jamás de vista, sin dar a entender que desconfía de ellos. Los maestros y asistentes, al llegar, búsquenles con la mirada; y si notan que alguno falta, háganlo llamar sin pérdida de tiempo, con pretexto de que tienen algo que comunicarles o encargarles.

Corregirlos aparte. Cuando haya que reprenderlos, corregirles o avisarles de algo, hágase aparte, no en presencia de sus compañeros. Sin embargo, puede aprovecharse de hechos o episodios sucedidos a otros para sacar alabanza o reproche que caiga sobre ellos[20].

Malos. Clases. Los chicos mayormente peligrosos se distinguen en dos clases: los malos, de costumbres disolutas, y los habitualmente indisciplinados.

Primeramente en cuanto a los malos, diré una sola cosa que acaso parecerá inverosímil, pero es a ciencia cierta tal cual la digo: supongamos que entre 600 alumnos de un colegio haya uno de viis depravada; de pronto llega un nuevo alumno, también él vicioso; son de distinta región y provincia, hasta de nacionalidad diversa; están en curso y local distinto, no se han visto nunca ni conocido nunca; pues, no obstante, al segundo día de estancia en el colegio, y tal vez a las pocas horas, los veréis juntos durante el recreo. Parece que un espíritu maléfico les hace adivinar quién está manchado de su misma pez o como si un imán demoníaco los atrajera para trabar íntima amistad. El "dime con quien andas y te diré quién eres" es un medio facilísimo de dar con las ovejas sarnosas antes de que se truequen en lobos rapaces. No son para colegios corrientes.

Hay otra clase de alumnos que no debe haber en casa. Cuando tengáis algún jovencito que aparentemente parece bueno, pero es abstraído, se ausenta con facilidad de los sitios que le fija el horario o lo encontraréis con frecuencia solo en los rincones del patio, en las escaleras, en los balcones y en escondites apartados de los ojos de los superiores, temed siempre. No os dejéis ilusionar por las

[18] MB XIII
[19] MB XIV 646.
[20] Sist. prev.

apariencias de timidez, misantropía, ligereza o ingenuidad. Este, o sabe fingir muy bien o hallará indudablemente quien lo vicie. Tampoco son para colegios normales[21].

La expulsión, empero, debe ser el último recurso, sólo después de haber empleado, y sin resultado, todos los otros medios.

Aislarlos. Lo primero que hay que hacer es aislar a los jóvenes peligrosos de los más pequeños e ingenuos y de los que tengan las mismas propensiones o se muestren débiles en la virtud, rodeándolos de amigos sinceros y seguros.

Advertirlos. Hecho esto, es preciso no cansarse de avisarlos a cada falta. Hablad, habladles mucho, advertid, advertid siempre. Aunque cayeran todos los días, todos los días llamadlos...; hasta repetidas veces al día, si fuera menester. Amables en el trato, pero firmes en exigirles el cumplimiento de sus deberes. De este modo, o cambian de conducta o, hastiados, terminan por marchase a casa sin haber usado con ellos de medios coercitivos. Es éste un punto de capital importancia, que los jóvenes no partan del colegio con mal en el corazón, pues al venir el desengaño recuerdan la caridad con que fueron tratados, entran dentro de sí, recapacitan los buenos consejos recibidos; en el afecto que se les demostró reconocen que los superiores se comportaron con ellos como verdaderos amigos, y muchas veces, después de años y años, si se determinan a una santa confesión, buscan precisamente, exclusivamente, a quienes en su juventud los acogieron con cariño. Vuelven porque espontáneamente se marcharon. En cambio, si el superior procede precipitadamente con inconsiderable rigor, sin haberlos avisado con anterioridad, entonces se enciende en los más una aversión que tarde o temprano producirá fatales consecuencias.

Cuando a ciertos jóvenes se les hubiese advertido que entre ellos median lazos que de un modo u otro, si no se rompen terminan por ser una peste para la comunidad, y fueron llamados y avisados individualmente, pero sin resultados positivos, entonces échese mano de otros medios. Llame a todos juntos el director a su despacho, haciéndolos esperar algún tiempo en la sala de espera para que reflexionen sobre el motivo de la llamada. Después hábleles con caridad en estos términos:

"¿No os he avisado ya bastantes veces? Se dice de vosotros esto y aquello... ¿He de creerlo? ¿Por qué me buscáis tantos disgustos? ¿Por qué queréis obligarme a dar un paso que siento en el alma? ¿Por qué vosotros mismos no me ayudáis a salvaros? ¿Acaso la desobediencia es algún bien? Obedeced al menos una vez; que nunca más os vean juntos. Dejad esas conversaciones; os lo pido por favor. Es la última vez que os aviso. Marchaos antes que yo tenga que experimentar el amargo dolor de echaros. Si veo que continuáis siendo desobedientes, mi decisión está tomada. Entonces lloraréis..."

Se pueden usar aún frases más serias, según los casos. Es ésta una prueba que generalmente produce felices resultados[22].

En todo joven, aun en el más desgraciado, hay un punto accesible al bien: es deber primordial del educador dar con ese punto, con esa cuerda sensible del corazón, y recabar de ello provecho[23].

Medios especiales

1º. Religión. Sólo la religión es capaz de comenzar y acabar la gran obra de una verdadera educación[24]. Sin religión no se consigue ningún fruto entre los jóvenes[25]. Las almas juveniles, en el período de su formación, tienen necesidad de experimentar los benéficos efectos que se derivan de la dulzura sacerdotal. Habiendo vivido bajo este influjo ya desde la más tierna edad, rememoran, pasado el tiempo, la paz experimentada después de las absoluciones sacramentales, y aun cuando se hubiesen entregado a humanos extravíos, saben siempre acudir en demanda de auxilio a los amigos de su infancia[26].

---

[21] MB VI
[22] MB IV 566-8
[23] MB V 367.
[24] MB III 605.
[25] MB XIII 557.
[26] MB XVI 169.

Algunos, al enseñar, reducen la religión a puro sentimentalismo. Una de las lacras de la pedagogía moderna es la de pretender que en la educación no se mienten las máximas eternas, ni las postrimerías, particularmente la muerte y el infierno[27].

2º Sacramentos. El primer medio para educar bien a los jóvenes consiste en trabajar por que confiesen y comulguen con las debidas disposiciones[28]. Estos dos sacramentos son los más firmes sostenes de la juventud[29].

Columnas. La frecuente confesión y comunión y la misa diaria son las columnas que deben sostener un edificio educativo del cual se quiere tener lejos el castigo y la amenaza. No obligar a los jóvenes a la frecuencia de los sacramentos, no; sino animarlos y darles facilidad para que puedan aprovechase de ellos. En ocasión de ejercicios espirituales, triduos, novenas, sermones, catecismos, etc., debe hacerse resaltar la belleza, la grandeza, la santidad de una religión que propone medios tan fáciles, tan útiles a la sociedad civil, a la tranquilidad del corazón y a la salvación del alma como son los santos sacramentos. De esta manera quedan prendados espontáneamente de estas prácticas de piedad y las cumplirán con gusto y con fruto[30].

Punto culminante. Punto culminante para fomentar moralidad entre los jóvenes es, ciertamente, la confesión y la comunión frecuentes, *pero bien hechas*[31], pues la sola frecuencia de sacramentos no es indicio de bondad[32].

La comunión frecuente ha de ser espontánea. No hay que dejar entrever que se observa si alguno de los jóvenes no va a comulgar. Exhortar, exhortar y nada más33.

Las notas de conducta no se lean nunca en vísperas de fiestas, a fin de que el mal humor de la mala nota no disminuya o disturbe las confesiones[34].

3º Pureza. La impureza es el vicio que más estragos ocasiona en la juventud[35]. Moralidad: ¡he aquí lo que más importa![36].

Contra amistad particular. Por ende, los maestros, los jefes de taller, los asistentes, deben ser de moralidad reconocida. Procuren evitar como la peste toda afección o amistad particular con los alumnos y recuerden que el extravío de uno solo puede comprometer un instituto entero.

No dejarlos solos. Hágase de modo que los alumnos no estén nunca solos; debe hacerse lo posible para que los asistentes estén anticipadamente en los lugares donde hayan de reunirse, permanezcan siempre con ellos hasta tanto que otros vengan a relevarlos y no los dejen nunca ociosos[37].

Ocupados. Es menester tener siempre ocupados a los muchachos. Amén de la clase y del oficio, tomen parte en la banda de música, en el "clero juvenil" o en otras actividades. De esta manera su mente trabajará de continuo. Si nosotros no los ocupamos, ellos se buscarán ocupación, y ciertamente con pensamientos y cosas no buenas[38].

Cuidado en admitir. Debe tenerse suma vigilancia para impedir que en el Instituto se introduzcan compañeros, libros o personas mal habladas. La elección de un buen portero es un tesoro para una casa de educación[39]. Conocido un alumno como escandaloso o peligroso, aléjeselo cuanto antes[40]. No se acepta a ningún joven expulsado de otros centros o al que conste que es de malas costumbres. Si a pesar de las debidas precauciones se aceptase a alguno de tal índole, asígnesele en

---

[27] MB II 204.
[28] MB IV 553.
[29] Bosco. Vida de Domingo Savio, c. 14
[30] Sist. prev. a. 2.
[31] MB XIII 270.
[32] MB XI 278.
[33] MB XIII 827.
[34] MB VI 390.
[35] MB XII 583.
[36] MB V 485.
[37] Sist. prev. a. 2.
[38] MB V 347.
[39] Sist. prev, a. 2.
[40] MB VI 391.

seguida un compañero seguro que no le deje ni a sol ni a sombra. Y en faltando, sea por una vez corregido; a las segunda, póngasele inmediatamente fuera del colegio[41].

Prevención de las crisis de la edad. Es necesario preparar a los alumnos para las crisis de la edad, *para cuando lleguen a los diecisiete o dieciocho años...* Pero sobre ciertos asuntos se hará individual, privadamente.

"Mira -se les dirá-, vendrá una edad muy peligrosa para ti; el demonio te tenderá lazos para hacerte caer. Primeramente te susurrará al oído que la comunión frecuente es cosa de niños y que basta ir a comulgar de vez en cuando. Después no ahorrará esfuerzos por alejarte de los sermones e inspirarte hastío, de la palabra de Dios. Te convencerá de que ciertas cosas no son pecado. Finalmente los compañeros, el respeto humano, las lecturas, las pasiones, etc. ¡Está alerta! No permitas que el demonio te robe la paz del corazón ni el candor del alma, por el que ahora eres amigo de Dios". Los chicos no olvidarán estas palabras. Cuando, ya de edad, tropecemos con ellos en el mundo, les diremos:

- ¿Te acuerdas de aquello que te dije en cierta ocasión...?
- ¡Ah, sí, es verdad!, - responderán.

Y este recuerdo labrará hondo en su ánimo[42].

4º La asistencia. [Llamamos asistencia a la vigilancia activa, paternal y continua]. Las faltas de los jóvenes provienen en gran parte de la negligencia en la asistencia; vigilando, se previene suficientemente el mal y no es preciso reprimirlo[43]. No quede ni cosa, ni persona, ni muchacho, ni departamento que no esté confiado a alguien[44]. Los asistentes vigilen a los chicos poniéndoles en la imposibilidad moral de faltar[45]. Vigilarlos como si fueran malos, pero hacerlo de tal modo que ellos estén persuadidos de que les estimamos buenos[46]. Participar en sus juegos, tolerar sus impertinencias y fastidios[47].

En la asistencia pocas palabras y muchos hechos, y dése a los alumnos ocasión de exponer con toda libertad su pensamiento, cuidando, sí, de rectificar o corregir las expresiones, las palabras y las acciones no conformes con la educación cristiana[48].

5º Confianza. ¿Hay cosa más admirable en una casa que el gozar los superiores de la confianza de sus inferiores? Es el único medio para conseguir que el centro educativo sea un paraíso terrenal y que en él no reine el descontento[49].

Ahora bien, la confianza de los jóvenes se gana procurando acercárnoslos: y el mejor medio es ir nosotros a ellos trabajando para adaptarnos a sus gustos y haciéndonos semejantes a ellos: entrar con la suya para salir con la nuestra[50].

Familiaridad. Es menester noble familiaridad; familiaridad con los jóvenes, de modo especial durante el recreo. Sin familiaridad no se manifiesta el afecto, y sin esta manifestación no puede haber confianza. Quien desea ser amado es necesario que ame y con hechos lo manifieste; el alumno debe conocer que se le ama. El profesor, visto únicamente en su cátedra, es profesor, y de ahí no pasa; pero si toma parte en el recreo con los muchachos llega a ser un hermano. Si uno predica desde el púlpito, se dice que no hace sino cumplir con su deber; mas la palabra dicha durante el juego es palabra de uno que ama.

Quien advierte el cariño de que es objeto, ama; y quien es amado, lo alcanza todo, especialmente de los muchachos.

Simpatía. Esta confianza origina una corriente de simpatía entre alumnos y superiores. Se abren los corazones, dando a conocer sus necesidades y descubriendo sus defectos. Este amor hace llevaderas a los superiores las fatigas, incomodidades, ingratitudes, faltas y negligencias de los jovencitos. No habrá así quien trabaje por vanagloria; quien únicamente castigue por vengar su amor propio herido; quien se retire de la asistencia por celos de la preponderancia que teme en otro; quien

[41] MB VII 626.
[42] MB VII 382.
[43] MB XVI 165.
[44] Carta a D. Bologna, 21 de marzo de 1880
[45] MB VI 390.
[46] MB XIV 369.
[47] MB IV 653.
[48] Sist. prev. a. 5.
[49] MB VI 321.
[50] MB V 817.

murmure de los demás pretendiendo ser amado y estimado por los jóvenes con exclusión de sus colegas, ganándose sólo desprecios e hipócritas halagos; quien se deja robar el corazón por una criatura, descuidando a los restantes jovencitos para ir únicamente tras ella; quien por amor a las propias comodidades tenga en poco el estrechísimo deber de la asistencia; quien por respeto humano avise a quien debe ser avisado.

Teniendo este amor sincero, no se buscará nada más que la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Al languidecer este amor, las cosas ya no van bien. Se pretende entonces sustituir la caridad por la frialdad de un reglamento; se va sustituyendo poco a poco el sistema de prevenir amorosamente con la asistencia por el sistema menos pesado y más expedito de promulgar leyes que se mantienen con castigos, encienden odios y cosechan disgustos; que son fuente de desprecio para los superiores si no exigen su observancia y causa de gravísimos males y desórdenes. Todo esto tiene lugar si falta la familiaridad.

Disposición a escuchar, observar, procurar el bien. Por consiguiente, sea el superior todo para todos; esté dispuesto siempre a escuchar cualquier duda o queja de los chicos; ojo avizor para vigilar paternalmente su conducta; sea todo corazón el afán de procura el bien espiritual y temporal de cuantos la Providencia le ha confiado.

Inexorables. Así no habrá corazones cerrados ni reinarán ciertos misterios que matan. Los superiores sólo sean inexorables en casos de inmoralidad. Pero aun entonces úsese de la caridad del buen trato; que el rigor necesario no está reñido con la caridad cristiana.

Preferible es exponerse al peligro de alejar a un inocente que retener un escandaloso[51].

6º Alegría. Es axioma educativo que el chico debe estar contento; por consiguiente, es menester entretenerlo, distraerlo e interesarlo[52]. Déseles amplia libertad de saltar, correr, gritar y divertirse a su gusto; la gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos, son medios eficacísimos para obtener disciplina y coadyuvar a la moralidad y a la salud. Cuídese, eso sí, de que el objeto de entretenimiento, las personas que en él intervengan y las conversaciones no sean vituperables. Haced cuanto queráis, decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri; a mí me basta que no cometáis pecados[53]. Es mejor algo de murmullo que un silencio rabioso o sospechoso[54].

7º Buenas noches. Terminadas las oraciones de la noche, y antes que los alumnos se retiren al reposo, el director o quien haga sus veces dirija algunas palabras a todos, dando algún aviso o consejo acerca de las cosas que deban hacerse o evitarse. Cuide de sacar provecho de lo sucedido durante el día dentro del colegio o fuera; pero su hablar no pase de dos o tres minutos. Esta es la clave de la moralidad, de la buena marcha, del buen éxito de la educación[55]. Pocas palabras; una sola idea de relieve que impresione, de suerte que los jóvenes vayan a dormir bien penetrados de la verdad que les ha sido expuesta[56]. Merced a este medio, se arranca de cuajo la raíz de todos los desórdenes antes que nazcan[57].

Metodología moral

1º Amabilidad. Es necesario usar de gran afabilidad con los chicos, y tratarlos bien, suavemente. Esta bondad de trato y esta amabilidad constituyan el carácter de todos los superiores, sin exceptuar a ninguno. Todos los superiores a una lograrán atraer al jovencito, pero basta un solo superior para distanciar a todos los educandos. ¡Cuán grande cariño cobra un muchacho cuando se le trata bien! Deposita su corazón en las manos de los superiores[58].

Que se sepan amados. No basta que sean amados, es preciso que se den cuenta de este amor; que, siendo amados en lo que les agrada y compartiendo sus infantiles inclinaciones, pasen a darse

---

51 Carta de Don Bosco al Oratorio, Roma, 10 de mayo 1884 (MB XVIII 108-12)
52 MB XVI 168.
53 Sist. prev. a. 2.
54 MB V 845.
55 Sist. prev. a.2. Cf. La pedagogía social de Don Bosco c. 19.
56 MB VI 94.
57 Barberis. Cron cir., junio 1875.
58 MB XII 88

cuenta del amor en aquello que por naturaleza les gusta poco, como, por ejemplo, la disciplina, el estudio y la negación de sí mismos; y que aprendan a hacer estas cosas con decisión y con amor[59].

Que nunca se aleje malhumorado. Es cosa de mucha importancia y utilidad para la educación el hacer de suerte que nunca parta malhumorado un muchacho de nuestro lado. Déseles siempre, por el contrario, un regalito, una promesa, una buena palabra, para que lo anime a tornar gustosamente.

Mantener las promesas hechas. Mas hay que mantener constantemente las promesas hechas, o, al menos, darles razón de su incumplimiento[60].

Los chicos estiman las cosas como han aprendido a apreciarlas: no es lo mucho, sino lo dado de corazón y oportunamente lo que les agrada[61].

2º Correcciones. En caso de tener que corregir, guárdense los debidos miramientos: no se haga en cuanto sea posible, la corrección en público, sino en privado, excepción hecha de cuando sea ésta absolutamente necesaria para reparar un escándalo público[62]. Y cuando haya de hacerse un reproche, no se espere una segunda infracción, con el fin de que la corrección surta efectos más eficaces. No; en habiendo algo de que avisar, avísese lo más pronto posible[63].

No sea precipitada. Por lo general, el corregir precipitadamente es cosa peligrosa. El corrigendo y el corrector están como febricitantes; el individuo así corregido no echará a buena parte la corrección y hasta se le antojará que actuamos por pasión. En cambio, cuando la corrección se ha hecho serena y amorosamente, los culpables reconocen claramente el mal cometido, como asimismo la obligación que tiene el superior de corregirlos para que se enmienden y saquen provecho de la admonición[64].

Abstenerse de corregir apasionado. Cuando os sintáis movidos por la ira o estéis sobreexcitados, absteneos de reprender, para que los chicos no crean que obráis por pasión; esperad el momento en que, depuesta toda la indignación o cólera y aventada toda impresión violenta, podáis hacerlo con serenidad y tranquilidad. Dígaseles al final una palabrita de cariño: por ejemplo, que de ahora en adelante queréis sean amigos vuestros, que estáis dispuestos a ayudarles en todo cuanto podáis, etc.

Fáciles en perdonar. Cuando un alumno se muestre arrepentido de la falta cometida, sed fáciles en perdonarle, y perdonadle de corazón. En estos casos olvidad absolutamente todo.

Cuidado con las palabras. Nadie diga nunca a un muchacho que le haya desobedecido o faltado de cualquier manera al respecto: "¡Me las pagarás!" Este lenguaje no es de cristianos[65].

El provecho de las correcciones. Quizá nos parezca, a veces, que tal muchacho no saca provecho de nuestras correcciones, y, en cambio, por ventura, existen en su corazón óptimas disposiciones para secundarnos, y que nosotros daríamos de lado por un malentendido rigorismo exigiendo al culpable grave e inmediata reparación. Y tal vez él cree no haber desmerecido tanto con su yerro, cometido más por ligereza que por malicia. ¡Cuántas veces en casos que parecían graves, informándonos luego sobre ellos con calma y sin prevenciones, hemos debido convencernos de que la culpa se aminoraba notablemente y, en ocasiones, desaparecía casi por completo o era suya precisamente![66].

Servíos a veces de tercera persona autorizada que le avise de lo que vosotros no podríais convenientemente, aunque quisierais: que éste lo sane de su vergüenza o su resentimiento y disponga a tornar sumiso a vuestro lado. Elegid a quien el muchacho pueda, en su pena, abrir más sinceramente el corazón, lo que tal vez no se atreva a hacer con vosotros, por temor de no ser creído o, en su orgullo, por estimarse no obligado a hacerlo.

---

[59] MB XVII 110.
[60] MB II 153.
[61] MB III 143.
[62] MB III 105.
[63] MB VI 722.
[64] MB XI 346.
[65] MB VI 591-2.
[66] MB XVI 641.

Cancelar su pasado manchado. Una vez hayáis conseguido granjearos aquella voluntad tenaz, os encarezco le brindéis de corazón no sólo la esperanza del perdón, sino también el que pueda cancelar con su buena conducta la mancha que a sí mismo se infirió con sus culpas. En olvidar y hacer que olviden los tristes días de sus yerros consiste buena parte del soberano arte del experto educador.

A veces, el sólo dejar entender al joven que no se cree lo haya hecho con malicia, basta para evitar que recaiga en la misma falta.

No mostrarse resentido. En general, ¿queréis conseguir grandes cosas de vuestros alumnos? No os mostréis resentidos con ninguno. Soportad sus defectos, corregidles, pero sabed olvidar sus yerros. Profesaos siempre íntimos amigos suyos y demostradles que todos vuestros esfuerzos van encaminados a hacerles el bien[67].

Si acaecieren faltas contra las buenas costumbres, llámese al joven culpable y dígasele: "Me obligáis a hablarte sobre aquella materia de que San Pablo no quiere se haga mención siquiera[68]. Demuéstresele la gravedad de la falta cometida. Y, si la caridad para con los demás lo exigiese, envíesele ocultamente a su casa. No obstante, no se le imponga castigo alguno, para evitar males mayores, como serían los comentarios que harían naturalmente los demás alumnos[69].

3º Premios y castigos. Entre los jovencitos es premio lo que se hace servir como premio. Ellos estiman las cosas conforme han aprendido a apreciarlas. No es lo mucho lo que les agrada, sino lo dado de corazón y oportunamente.

¿Queréis que os sugiera un premio muy grato a los alumnos? Decidle a un muchacho: "Estoy contento de ti; se lo comunicaré a tus padres". Veréis qué efectos más considerables surtirán estas palabras en los corazones bien dispuestos.

Son premios de grande eficacia pedagógica: los pequeños cargos o encomiendas, las alabanzas públicas, algunas muestras de distinción, como, por ejemplo, sentar por turno a la mesa de los superiores, en días de fiesta, a los alumnos de mejor conducta; repartos de premios después de los exámenes parciales, la solemne repartición de premios al final de curso con asistencia de autoridades y de los padres de los alumnos, la lectura semanal de las notas de conducta, el hacer o permitir representar papeles de teatro, los buenos informes a los padres, paseos especiales, rebajas en la pensión, estampitas, medallas, las exposiciones de trabajos, etc.

Téngase presente. Mientras sea posible, no se haga uso de castigos, y cuando la necesidad lo exija, téngase presente lo siguiente:

1. El educador entre sus discípulos trate de hacerse amar si quiere hacerse respetar. En ese caso, el negarles una muestra de cariño[70] ya es un castigo; pero un castigo que excita la emulación de valor y no afrenta.
2. Entre los jovencitos es castigo todo lo que se hace sentir como castigo. Se ha observado que una mirada severa, o el no mirar a uno, produce en algunos mayor efecto que un bofetón.
La alabanza, cuando una cosa está bien hecha, y la represión, cuando es vituperable, son ya un premio o un castigo.
3. Exceptuados gravísimos casos, las correcciones y los castigos no se den nunca en público, sino privadamente, lejos de los compañeros, usando la mayor prudencia y paciencia para alcanzar que el alumno comprenda su culpa con la razón y con la religión.
4. El golpear, de cualquier modo que sea, el poner de rodillas o en posición dolorosa, el tirar de las orejas y otros castigos por el estilo, débense evitar del todo; están prohibidos por la ley civil. Irritan gravemente a los niños y envilecen al educador.
5. El director haga conocer bien las reglas, los premios y los castigos establecidos por las leyes disciplinares o reglamentos, a fin de que el alumno no se pueda disculpar diciendo que no sabía que eso estuviera mandado o prohibido.
Debe ser el amor el que impulse a los jóvenes a hacer el bien por medio de una continua vigilancia y dirección, no ya por la punición sistemática de las faltas una vez cometidas. Está comprobado que este segundo procedimiento engendra odio en el educando contra el educador, y, las más de las veces, para toda la vida[71].

Castigos generales. Jamás se impongan castigos generales a toda una clase, a un dormitorio, etc., sino procúrese descubrir los autores del desorden, y, si es menester, despídaseles del centro. En los castigos colectivos se engloba en una causa común a buenos y a malos, los cuales son siempre pocos, y, por consiguiente, es injusto tengan que pagar por estos pocos aquellos, que son los más[72].

---

[67] MB XVI 644.
[68] Carta testamento de Don Bosco, 1884.
[69] MB IV
[70] Quiere decir suspender las muestras de cariño externamente (N. del t.)
[71] MB XIII 292.
[72] MB VI 392.

En los castigos mencionados se tuvo en cuenta tan sólo las infracciones contra la disciplina del colegio; mas en el triste caso de que un alumno diese escándalo o cometiese una grave ofensa contra el Señor, sea llevado inmediatamente al superior, el cual, en su prudencia, tomará las medidas oportunas. Y si, a pesar de todo esto, alguno se mostrara indiferente a medios tan sabios de enmienda y fuese todavía causa de mal ejemplo y de escándalo, en este caso debe alejársele irremisiblemente, pero de forma que, en cuanto sea posible, quede a salvo su honor.

¿Quién ha de dar la orden, señalar el tiempo y el modo de castigar? Sea siempre el director, sin que tenga por ello que comparecer. Él es el más autorizado y quien puede más fácilmente ahondar en los corazones.

Por consiguiente, sería mi más vivo deseo que ninguno se permitiese castigar sin previo consejo o aprobación del director, único que puede rectamente determinar el tiempo, el modo y la calidad del castigo. Nadie se exima de esta acreditada dependencia y no se finjan pretextos para eludir su vigilancia. Esta es regla de máxima importancia.

La educación es empresa de corazones, y del corazón sólo Dios es dueño[73].

Didáctica

Puntualidad. El primer deber del maestro es hallarse puntual en su aula e impedir los desórdenes que suelen acaecer antes y después de las clases. En notando la falta de algún alumno, avisen enseguida al prefecto o al consejero escolástico.

Preparación. Vayan debidamente preparados en la materia objeto de la explicación. Esta preparación facilitará eficazmente a los alumnos la inteligencia de las cuestiones, al par que aliviará notablemente la carga al mismo maestro.

Imparcialidad. Ninguna parcialidad, ninguna animosidad; avisen, corrijan, si es el caso, pero perdonen con facilidad, evitando, en lo posible, el dar castigos.

Solicitud por los torpes. Los más torpes de la clase sean el objeto especial de sus solicitudes; animen siempre, jamás desalienten.

Pregunten a todos indistintamente y con frecuencia; muestren grande estima y afecto a todos los alumnos, singularmente a los de tardo ingenio. Eviten la perniciosa costumbre de algunos de abandonar a sí mismos a los negligentes o a los de escasas prendas.

Castigo en clase. Si durante la clase hubiere necesidad de castigar, impóngase el castigo en la misma clase, pero no se expulse de ella a ninguno. En casos realmente graves, llámese al consejero escolástico o envíesele (acompañado) el culpable.

Prohibido pegar. Está terminantemente prohibido el pegar o imponer castigos ignominiosos o nocivos a la salud.

Si fuera de la clase hubiera que castigar o tomar alguna determinación, remítase todo al consejero escolástico o al director de la casa. Fuera de clase, el maestro no debe amenazar ni castigar, sino únicamente limitarse a amonestar o aconsejar a sus alumnos con modales benévolos de amigo sincero.

Recomiende limpieza en los cuadernos, esmero en la caligrafía, pulcritud en los libros y páginas que deba presentar al maestro.

Exámenes. Al menos una vez al mes, dé un ejercicio de prueba, y después de corregido, presénteselo al director o al consejero escolástico.

Libreta. Tenga la libreta o fichero de notas de tal manera que a cada momento la puedan presentar a quien la pidiere, verbigracia, cuando una persona visita la clase; mas téngase en cuenta que sólo al director o al prefecto compete dar los informes de los alumnos.

Vigilar las lecturas. Vigile sobre las lecturas de los alumnos; recomiende y cite los autores que puedan leerse sin que las buenas costumbres y la religión sufran menoscabo: escoja como temas los pasajes más propios para fomentar la moralidad y el buen gusto, dando de lado a aquellos otros que puedan inferirles daño. Téngase esmerado empeño por no citar, en cuanto sea posible, nombres de autores ni títulos de libros malos.

Consecuencias morales. Tanto de los clásicos profanos como de los sagrados procurará sacar consecuencias morales siempre que las materias le brinden coyuntura para ello, mas con contadas palabras y suma tranquilidad.

En novenas y solemnidades dígaseles alguna buena palabra de entusiasmo, breve y aderezada, si se pudiere, con algún ejemplo[74].

Conclusiones

El sistema preventivo me parece preferible por las siguientes razones:

1. **No da lugar al desaliento. No exaspera.** El alumno avisado preventivamente no queda desalentado por las faltas cometidas; ni se encoleriza por la corrección o por el castigo con

[73] MB XVI 446-7.
[74] Sist. prev. a. 12.

que se le amenazó o tal vez se le aplicó, porque en esto va siempre un aviso amigable y preventivo que le razona, y generalmente le gana el corazón, por lo que conoce la necesidad del castigo y casi lo desea.

2. **Tiene en cuenta la ligereza de la edad.** La razón de esto es la ligereza natural de la juventud, que en un momento olvida las reglas disciplinarias y los castigos que ellas amenazan. Por esto, a menudo un chico se hace culpable y merecedor de una pena en que no ha pensado y que absolutamente no ha recordado en el veto de la falta, y que ciertamente hubiera evitado si una voz amiga le hubiese advertido.
3. **Hace amigo al alumno.** El sistema represivo puede impedir un desorden, pero difícilmente hará mejores a los culpables; y se ha observado que los jovencitos no olvidan los castigos infligidos y conservan rencor con el deseo de sacudir el yugo y aun de tomar venganza. Parece a veces que no se fijan, pero el que sigue sus pasos sabe que son terribles las reminiscencias de la juventud que olvidan fácilmente los castigos de los padres, pero difícilmente los de los maestros. Se han dado casos de algunos que en la vejez vengaron brutalmente castigos que aún con justicia se les habían impuesto en su educación. Al contrario, el sistema preventivo hace amigo al alumno, que ve en el educador un bienhechor que le avisa, que desea hacerlo bueno, librarlo de los disgustos, de los castigos y de la deshonra.
4. **Ejerce sobre el educando un gran imperio.** El sistema preventivo dispone y persuade al alumno de modo que el educador podrá hablar siempre con el lenguaje del corazón, sea durante la educación, sea después de ella. El educador, una vez ganado el corazón del alumno, podrá ejercer sobre él un gran imperio, corregirlo, aconsejarlo y reprenderlo, aun después, cuando se halle fuera de su jurisdicción[75].

Alguno dirá que este sistema es difícil en la práctica. Respondo que para los alumnos resulta bastante más fácil, más satisfactorio y más ventajoso. Para los educadores encierra, sí, alguna dificultad, pero ésta disminuye si el educador se pone con celo a su obra. A las ventajas arriba expuestas se añade que:

1º **Lo recordará como a padre o hermano.** El alumno estará siempre lleno de respeto al educador y recordará con placer la educación recibida, considerando como a padres y hermanos a sus maestros y demás superiores. Adondequiera que vayan estos discípulos, son siempre el consuelo de la familia, ciudadanos útiles y buenos cristianos.

2º **No ha de empeorar.** Cualquiera que sea el carácter, la índole y el estado mental de un alumno en la época de entrada, sus padres pueden vivir seguros de que su hijo no ha de empeorar, y se puede dar como cierto que obtendrán siempre algún mejoramiento.

Es más, se ha visto que niños y jóvenes que por mucho tiempo fueron el azote de sus padres y expulsados aun de correccionales, cultivados según estos principios cambiaron de índole y de carácter, se entregaron a una vida arreglada y llegaron a ocupar una buena posición en la sociedad, viniendo de este modo a ser el sostén de la familia y el decoro del país donde habitan.

3º **No hay peligro de daño.** Los jóvenes que por eventualidad entrasen ya maleados en un instituto de sistema preventivo no pueden dañar a sus compañeros, ni los jóvenes buenos podrán recibir daño alguno de ellos, porque no tendrán tiempo, ni sitio, ni oportunidad, puesto que el asistente está siempre a la vista, y pondría remedio inmediatamente[76].

---

75 Sist. prev.

76 Sist. prev. a. 3.